



Análisis

Fronteras candentes emergen del deshielo

Por Manuel Manonelles

Crédito: Fabricio Vanden Broeck

El deshielo del Ártico está provocando una carrera por el control de los recursos naturales de esa zona entre Rusia, Noruega, Dinamarca, Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos, advierte en esta columna Manuel Manonelles.

BARCELONA, 11 ene (Tierramérica).- Poco a poco se confirma que el deshielo de los polos, tanto del Ártico como del Antártico, se está produciendo a un ritmo sensiblemente superior al previsto. Las consecuencias de este fenómeno sobre la paz son enormes.

El deshielo se produce también en los glaciares y zonas de alta montaña que hasta hoy eran consideradas de nieves perpetuas. Un caso paradigmático es el de la frontera alpina entre Suiza e Italia, donde en las últimas y rutinarias tareas de revisión fronteriza, se detectó la desaparición de varios tramos de esa línea que estaba fijada desde 1861 encima de placas de hielo o de nieve perenne.

En este caso, la lógica de lustros de relaciones pacíficas se impuso y el tema va por la vía de la solución técnica mediante una comisión entre los dos países.

Pero las implicaciones que casos como estos pueden tener en otros contextos geográficos y políticos son realmente preocupantes.

Es enorme el potencial desestabilizador que podría tener una situación parecida en la frontera entre India y Pakistán, sobre todo en la disputada zona de Cachemira o concretamente en el glaciar de Siachén, donde desde 1984 han muerto ya más de 3.000 soldados de ambos países en operaciones militares.

Lo mismo podría ocurrir en la tensa frontera entre India y China, o en el más que problemático límite entre Afganistán y Pakistán que, con el deshielo, será progresivamente aún más poroso, contribuyendo así a un incremento de la desestabilización de los que ya son dos de los países más inestables del mundo. Otro efecto de gran calado es la progresiva apertura, también por el deshielo, de los llamados pasos del Noroeste y del Noreste: nuevas rutas marítimas, hasta ahora impracticables, que cambiarán radicalmente las dinámicas comerciales a escala global, uniendo los océanos Atlántico y Pacífico.

Con el paso del Noreste, recientemente utilizado por primera vez, la navegación por el norte de Rusia y Siberia reducirá en más de 4.000 kilómetros la distancia entre los puertos de Japón, Corea del Sur y China y los de Hamburgo, Rotterdam o Southampton.

Con el paso del Noroeste, navegando por el norte de Canadá, ocurrirá algo similar entre los puertos de la "fábrica del mundo", China, y los de la costa este estadounidense.

La apertura de estas rutas puede convertir en irrelevantes zonas que hasta ahora eran consideradas clave desde el punto de vista geoestratégico, como los canales de Suez y de Panamá.

A esto se suman las expectativas de enormes reservas de materias primas en el Ártico --sólo en petróleo la agencia rusa TASS calcula más de 10.000 millones de toneladas--, cada vez más accesibles por el deshielo. Esto está provocando una carrera por el control de la zona que ha incrementado la tensión sobre todo entre Rusia, Noruega, Dinamarca, Gran Bretaña,

Canadá y Estados Unidos, e incluso ha disparado la carrera armamentística en la zona.

En 2008, Canadá aprobó una partida extraordinaria de 6.900 millones de dólares para reforzar su presencia militar en la zona ártica de su país. Y la reanudación rusa de los vuelos tácticos de bombarderos nucleares en las áreas polares ya ha generado protestas de varios países.

Esto también explica en parte la gran celeridad con la que la Unión Europea está promoviendo la adhesión al bloque de la Islandia en bancarota, para asegurarse una buena posición en las futuras negociaciones y reclamaciones territoriales en la zona, ante las potenciales posibilidades de acceso al “festín ártico”. El deshielo de los polos es también el principal causante del incremento del nivel del mar, que tiene otras consecuencias irreversibles de carácter territorial, social y económico, como la desaparición física, total o parcial, de varios Estados insulares del océano Pacífico a unos años vista (Maldivas, Samoa, Kiribati, etcétera).

Aparte de los dramas personales, ambientales, culturales y nacionales que esto entraña, conlleva obviamente unas implicaciones de tipo político y jurídico respecto de la viabilidad de futuros Estados sin territorio.

Pero, además, el aumento del nivel del mar amenaza gravemente a una parte de las principales infraestructuras a escala mundial, como puertos, refinerías, aeropuertos y centrales nucleares que se encuentran, en muchos casos, muy cercanas al mar. A esto tenemos que sumar que gran parte de la población mundial vive en zonas muy próximas a las costas, empezando por megaciudades como Mumbai, Londres, Nueva York, Shangai, Tokio o Buenos Aires, y siguiendo por zonas densamente pobladas como el Delta del Ganges en Bangladesh, donde la subida del mar ya está causando estragos por la progresiva contaminación del agua y otros efectos derivados.

Estudios recientes apuntan que unos 200 millones de personas podrían convertirse en nuevos refugiados por causas ambientales en los próximos años, refugiados que no harán sino incrementar la presión humanitaria y las tensiones en estas zonas, exacerbando conflictos existentes o latentes. El Foro Humanitario Global presentó en 2009 un informe que demuestra de manera contundente que hoy en día se pueden cuantificar a en 300.000 los muertos anuales por causa del cambio climático. Las perspectivas a medio y largo plazo son aún superiores.

En este contexto, la lucha contra el cambio climático condiciona directamente un futuro en paz, por lo que la comunidad internacional tiene la obligación, especialmente después del fiasco de Copenhague, de ponerse manos a la obra. Se trata del clima, pero también de la paz y de vidas humanas, de muchas vidas humanas.

*** Manuel Manonelles es el director de la Fundación Cultura de Paz. Derechos exclusivos IPS.**

<http://www.tierramerica.info/nota.php?lang=esp&idnews=3510>